



No soy un fracasado

Mi nombre es John Joseph y soy de una pequeña isla llamada Maskelyne, frente a la costa de Vanuatu [señale Vanuatu en un mapa]. ¿Habías oído hablar antes de Vanuatu?

Vanuatu es un pequeño país insular, es decir que está compuesto de una o más islas, y que se encuentra al sur del océano Pacífico. Crecí rodeado por el mar cristalino y el verdor de los árboles.

Iba a la escuela como los demás niños, pero no me gustaba estudiar. Como no era un buen alumno, sacaba las peores calificaciones de mi clase. Mi padre sabía que no me gustaba la escuela, pero aun así tenía una meta sencilla para mí. Me decía:

—Simplemente termina el sexto grado. Aprende a leer y a escribir tu nombre y con eso será suficiente.

Nunca olvidaré lo que me sucedió en sexto grado. Estábamos haciendo un examen cuando la maestra miró mi papel y suspiró.

—John, nunca cambiarás —me dijo—. Estás desperdiciando el dinero de tus padres. No tienes ningún propósito.

Luego, tiró mis libros por la ventana y les dijo a mis compañeros que se rieran de mí. Tuve que salir corriendo a recoger mis libros mientras todos me miraban. Fue como si en ese momento algo se rompió en mi interior. Me sentí fracasado, pero en el fondo, algo me decía que no me rindiera.

Más tarde ese mismo año, un compañero de clase me dijo en broma:

—John, cuando repruebes tus exámenes y te quedes en la isla, te contrataré para que pesques para mí.

Sonreí, pero sabía que no quería ese tipo de vida. Yo quería algo mejor.

Un día, mi hermano mayor, que se había hecho adventista del séptimo día, me dio un versículo de la Biblia para que lo aprendiera: “Recuerden que el sábado es un día especial, dedicado a mí” (Éxodo 20:8, TLA). Ese versículo cambió algo en mí.

Cuando tenía trece años, un pastor adventista visitó nuestra isla y tuvo unas reuniones evangelistas a las cuales asistí. Sus palabras llegaron al fondo de mi corazón y tomé la decisión de bautizarme. Antes de bautizarme, el pastor oró: “Jesús, por favor, usa a este joven en tu servicio”.

Después de la muerte de mi padre, la vida se hizo más difícil para mí. Sin embargo, la iglesia se convirtió en mi familia y me ayudó. Comencé a colaborar más haciendo pequeñas tareas, como arrancar las malas hierbas del jardín de la iglesia y a tocar la campana. Más tarde, me convertí en un líder de la iglesia.

En 2001, me mudé a otra parte de Vanuatu. Me uní a una iglesia adventista local y formé parte de un grupo de canto para compartir mi fe a través de la música. No se me daba bien hablar delante de la gente, pero cuando cantaba, sentía que estaba predicando de Jesús.

Después, un día volví a mi isla y un pastor me invitó a que lo ayudara con unas reuniones bíblicas en las que canté himnos todas las noches. Una tarde, me pidió que visitara la tumba de Norman Wiles, un misionero que trajo por primera vez el mensaje adventista a nuestra isla. De pie junto a la tumba, oré: “Dios, yo también quiero ser misionero”. No sabía realmente qué era ser un misionero, pero quería ayudar a la gente a conocer a Jesús.

Así comenzó la iglesia en...

Los primeros misioneros adventistas en Vanuatu (entonces llamadas Nuevas Hébridas) fueron C. H. Parker y su esposa, que llegaron en 1912.

Al principio, los Parker se establecieron en la capital, Port-Vila, pero se les pidió que se trasladaran a una zona más necesitada. Se instalaron en la isla de Atchin, famosa por su población caníbal. Fueron los primeros misioneros en llegar a la isla.

Más tarde, tuve un sueño. Descubrí que Dios quería que fuera a Torres, un grupo de islas donde no vivía ningún adventista. No tenía dinero ni conocía a nadie allí, pero oré: “Dios, si quieres que vaya, por favor, ábreme el camino”. Y ¡Dios respondió! Pasé siete años

en Torres, haciendo nuevos amigos y fundando nuevas iglesias.

Años más tarde, en un concierto, vi a mi antigua maestra, la que había tirado mis libros por la ventana. Se acercó a mí con lágrimas en los ojos, me entregó un trozo de sandía y me dijo:

—Siento mucho lo que te dije.

¡Ella también se había hecho adventista!

Hoy en día sigo siendo líder de la iglesia. Sigo compartiendo el amor de Dios y fundando nuevas iglesias. Puede que haya fracasado en la escuela, pero Dios tenía un plan para mí.

Dios nos dice en la Biblia: “Pues yo sé los planes que tengo para ustedes —dice el Señor—. Son planes para lo bueno y no para lo malo, para darles un futuro y una esperanza.” (Jeremías 29:11, NTV). Esa promesa es para mí, ¡y también para ti!

La ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre ayudará a financiar proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu, donde vive John. ¡Gracias por tu fiel contribución!

- Puede bajar fotos de este relato en Facebook en el enlace bit.ly/fb-mq